

nas por Mortimer, ó ser seguida por algunas religiosas. Al fin el reloj le avisó, se levantó temblando, y abrió su puerta; escuchó y observó si habia alguna persona en las cercanías. Los momentos eran preciosos; ella se escurrió por lo largo de la galería, y por fortuna encontró la puerta de entrar abierta, y con esto se apresuró. Lord Cherbury la esperaba. Amanda le presentó la carta sin hablarle, y él la recibió del mismo modo; pero cuando vió que volvía á tomar el camino del convento, él le agarró con fuerza una mano, y con una voz que manifestaba toda su agitación, gritó: Decidme, Miss Fitzalan, decidme, ¿vuestra respuesta es favorable?—Sí, respondió ella con una voz trémula.

¡Que el cielo os colme de bendiciones, exclamó cayendo de rodillas y abrazando las suyas con transporte. Ella se incomodó de verle en esta postura, y atemorizada de ser detenida: dejadme, Milord, dijo, por piedad, por mí, y por vos mismo. Dejadme, pues si me deteneis un momento mas, podemos ser descubiertos.—¿Por qué conducto, dijo Lord Cherbury, podré saber noticias vuestras?—Por la superiora, respondió Amanda; ella sola sabrá el lugar de mi retiro.

El la agarró otra vez de la mano y se la besó con transporte. A Dios, ángel del cielo, ángel consolador, gritó, y des-

apareció entre las ruinas. Amanda volvió apresurada á la casa temiendo encontrar á Mortimer ó á alguna otra persona. Apenas acababa de llegar á su cuarto cuando la superiora vino á decirle que Lord Mortimer la esperaba en la sala. Ella se transfirió allá. El aire fresco le habia dado mejores colores, de modo que parecia que estaba mejor, y su conversacion fortificó á Mortimer en este pensamiento. Ella conversó con bastante libertad, y se esforzó á comer alguna cosa. Detenia sus lágrimas, prontas á correr, siempre que él decia algunas palabras de la felicidad que iban á gustar cuando estarian unidos, de la acogida que se les preparaba en Thornbury, y del placer que Lady Marta y Lady Araminta tendrian en recibirlos.

Amanda le suplicó que no volviese mañana al desayuno, sino solamente despues de comer, porque los preparativos de su marcha, le decia, no le permitian darle tiempo alguno. Él quiso persuadirla que su presencia no le incomodaria; pero ella jamas quiso consentir.

Amanda pasó una noche muy cruel; ella se desayunó con todas las religiosas, las cuales le expresaron todas su pesar de verla partir: pesar, decian ellas, endulzado con la esperanza de volverla á ver luego, habiéndoles prometido Lord Mortimer de llevarla á Carberry-Castle, luego que hubiese

hecho una visita á sus amigos de Inglaterra. Era este un momento el mas doloroso para Amanda. Ella tuvo una extrema dificultad en ocultar su conmocion y en detener sus lágrimas á esta mención de una promesa que jamas debia realizarse. Comió un poco con precipitacion, y se retiró á su aposento con el pretexto de hacer sus paquetes. Las religiosas la siguieron, ofreciéndole á competencia ayudarle. Ella les dió gracias con su dulzura y su gracia acostumbradas, diciéndoles que no tenia necesidad de su socorro. Con esta seguridad se retiraron, y Amanda temiendo una nueva interrupcion, escribió su carta de despedida á Lord Mortimer en estos términos:

“A Lord Mortimer.

“Milord: Un destino, del cual ni vos ni yo somos dueños, se opone á nuestra union: en vano habeis combatido, y en apariencia superado todos los obstáculos: se ha levantado nuévemente uno que jamas hubiéramos podido preveer, al cual una invencible necesidad me obliga á ceder, y me separa de vos sin dejarme ninguna esperanza de echármelo en cara jamas, sin permitirme justificar mi conducta, ni dar excusa alguna que pueda ni aun paliar la abominable ingratitud y traicion horrible de que os pareceré culpable. Digo que os pareceré, pues á la

verdad mi corazon de nada me remueve, y por el contrario sufre mil muertes por el sacrificio que está obligado á hacer. Pero, Milord, yo no quiero afligir el vuestro deteniéndome en mis propios tormentos, os he dado ya demasiado pesar; pero no seré mas enemiga de vuestra paz, ni turbaré mas vuestra dicha. Alejada de vos, el nombre que yo amaba oír no herirá mas mis oídos, y el fantasma engañoso de una prometida felicidad no se burlará mas de mí.

“Si mis deseos se hubiesen llenado, puede ser que una felicidad tan grande y tan inesperada hubiera corrompido mi corazon, y desviado demasiado mis pensamientos del cielo hácia la tierra. Si, he evitado este peligro: bendita sea la mano que ha retirado de mí la copa de la felicidad en el momento en que iba á gustar sus delicias.

“Yo no puedo exigir de vos vuestra compasion, aunque sé que la merezco, ni puedo pedir os que no me condeneis, aunque sé que soy inocente.

“Os devuelvo los billetes que he recibido de vos; pero me detengo el retrato y el anillo, restos solos de una felicidad que no existe. A Dios, Milord, caro é inestimable amigo; á Dios para siempre. Puedan la paz y la felicidad que tanto mereceis, ser vuestro patrimonio,

„y no sean mas turbadas como lo han si-  
do demasiado á menudo por la desgraciada  
AMANDA FITZALAN.”

Esta carta mojada con lágrimas la encerró en una cajita hasta la noche, y en seguida se ocupó en juntar el equipage que queria llevarse con ella en una pequeña maleta. La superiora vino á decirle que habia visto al dueño del barco, y que lo habia convenido todo con él; que él habia prometido el secreto, y se habia obligado á partir á las cuatro de la mañana, acompañarla él mismo hasta la casa de Mistriss Macpherson, y venirla á tomar al convento á las tres de la mañana.

Arregladas así las cosas, Amanda dijo á la superiora que para evitar dar sospecha alguna, ella dejaria sobre la mesa el dinero que habia resuelto dar á la muger que debia conducirla á Inglaterra con un billete que indicaria su destino. Habiéndose retirado la superiora, Amanda aprovechó este momento para poner en el mismo papel diez guinéas para el convento, y las cinco guinéas para la camarera. Ella hubiera deseado hacer mas; pero temia dejarse llevar de la generosidad, cuando á ella le podian faltar medios para proveerse en sus mas urgentes necesidades. Al mismo tiempo escribió la siguiente carta:

“A Mistriss Dermont.

„Mi querida señora: si mi situacion hubiese sido mejor de lo que es, no os ofreceria una suma tan módica como la que encontraréis en este papel, y que es tan poco proporcionada á la deuda que he contraido con vos. Siento amárgamente no poder reconocer mejor todas vuestras bondades y las de vuestras obsequiosas compañeras; ellas no saldrán de mi memoria, y solo á aquel que ha prometido mirar con bondad á los benefactores del huérfano toca recompensaros. He dejado cinco guinéas para la muger que debia acompañarme á Inglaterra.

“A Dios, mi querida Mistriss Dermont.  
„A Dios, queridas y amables habitantes de Santa Catalina. No me olvideis en vuestras oraciones, y creed que seré toda mi vida vuestra reconocida y afectada servidora

AMANDA FITZALAN.”

La avisaron para comer. Su espíritu estaba en grande abatimiento, al pensar que dejaba las amables mugeres que tan buenas habian sido para ella, y sobre todo por la idéa de la triste noche que iba á pasar con Mortimer.

Este llegó temprano, y al ver el aire abatido de Amanda, se renovaron sus temores sobre su salud: ella contestó á sus

preguntas diciéndole que estaba cansada. ¡Puede ser, le dijo él, que quisierais diferir un dia vuestra partida, y descansar áun mañana.—No, no, dijo Amanda, no se retardará. Mañana, dijo con una sonrisa forzada, partiré.

Lord Mortimer le dió gracias por esta resolucion, que él atribuia al deséo que tenia de agradarle, pero manifestándole al mismo tiempo sus inquietudes de que ella no estuviere bastante buena para partir.

Amanda conoció que si no hacia algunos esfuerzos, tendria mucha dificultad para evadirse de las preguntas de Mortimer; y para desviar la atencion del Lord, propuso convidar á todas las religiosas á tomar el té con ella, porque era la última tarde que pasaba en el convento. Lord Mortimer consintió en ello; el convite se hizo, y fué aceptado.

La conversacion fué triste como se puede bien adivinar. Amanda era tan amada de todas las religiosas, que la idéa de perderla les daba una pena, que no pudo combatir la esperanza de verla luego en Carberry-Castle. Hácia las nueve de la noche ellas se retiraron á sus oraciones de noche, y se habrian despedido de Mortimer, si este no les hubiera dicho que para no fatigar á Miss Fitzalan no se pondrian en marcha mañana hasta las diez de ella, y que tendria el gusto de volverlas á ver.

Antes de retirarse procuró alegrar y reanimar á Amanda, diciéndole que él consentia en retirarse temprano á fin de que pudiese descansar mas tiempo para prepararse á la fatiga del dia siguiente. Con este fin se levantó para marchar. Este momento fué terrible para Amanda: oir y ver por la última vez al hombre que tan tiernamente amaba, pensar que al dia siguiente á la misma hora ella estaria lejos, y muy lejos de él, para no volverle á ver ni oir jamas; que iba á mirarla como una ingrata y falsa criatura, á despreciarla, y puede ser á detestarla, como un manantial envenenado de inquietudes, disgustos y dolores para él. El corazon de Amanda se despedazaba. Y mientras que él la apretaba contra su seno, ella involuntariamente hizo lo mismo con él, y en su conmocion dejó escapar lágrimas en abundancia. Alarmado y sorprendido Lord Mortimer, y sosteniéndose apenas, la hizo sentar; y arrojándose á sus pies le dijo: Mi querida Amanda, mi tierna amiga, ¡qué teneis! ¡Tiene vuestro corazon algun deséo que no esté satisfecho? Si esto es, no os conduzca á ocultarlo una falsa delicadeza. Mi dicha toda entera se funda en vos. Decidme, os suplico, ¡qué es lo que puedo hacer para volveros la tranquilidad y serenidad?

¡Oh! no, dijo Amanda, todo lo que un

mortal podia hacer por mí, vos lo habeis hecho ya: yo no tengo expresion que pueda pintar mi reconocimiento, y el profundo sentimiento que guardo de las obligaciones que os debo. ¡Pueda el cielo recompensar vuestra bondad con sus mas preciosos beneficios!

Vuestro deséo, le dijo Lord Mortimer con una media sonrisa, está ya llenado, dándoos á mí. Pero decidme, ¿qué es lo que os abate de un modo tan extraño? En esto hay seguramente otra cosa que la fatiga. Amanda le aseguró que se engañaba, y temiendo ulteriores preguntas, ella le dijo que solo esperaba que partiese para acostarse, y que el reposo la restableceria. Lord Mortimer se levantó al momento.—A Dios, pues, mi querida Amanda, le dijo, estad buena y alegre para mañana. Ella le tomó la mano, sobre la que apoyó sus mejillas húmedas de lágrimas.—A Dios, le dijo, cuando nos volvamos á ver, estaré mejor y mas alegre; pues [acabó de decir para sí] no nos volverémos á ver hasta el cielo.

Amanda permaneció sin movimiento elevada en el sitio en que la dejó Mortimer, hasta que hubo oído que habian cerrado la puerta. A este momento no pudo contenerse mas, y dejándose llevar de sus lágrimas y suspiros, se arrojó sobre la silla que acababa de dejar Mortimer. La

buena superiora, que velaba sus movimientos, corrió, y le hizo respirar una agua espirituosa, y mezcló sus lágrimas con las de su jóven y desgraciada amiga.

Ella la calmó poco á poco, y Amanda le dijo que la prueba mas acerba habia pasado ya.—Y yo espero, dijo la superiora, creo que vuestro valor en sostenerla tendrá su recompensa en esta misma vida.

Fué convenido que Amanda se vestiria para el viaje. La superiora le prometió ir á buscar á su aposento luego que se hubiesen retirado las religiosas. Amanda se fué á su cuarto á ponerse el vestido de viaje. La superiora le trajo pan, vino y un pollo frito. Amanda le suplicó le diese parte al momento de las noticias que pudiese adquirir de Oscar, y le escribiese algunos detalles tan pronto como le fuese posible.

Ella dejó sobre la mesa sus dos cartas, una para Lord Mortimer y la otra para la superiora, y esperó con impaciencia que el patron del barco que debia venirla á buscar golpease á la puerta de su ventana á la hora convenida.

Ella se levantó, abrazó á la superiora, la cual solo pudo decirle estas palabras: Dios os bendiga, hija mia, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda sacudió la cabeza, haciendo sem-

blante de decirle que ya no había felicidad para ella; y siguiendo el corredor, abrió la puerta, y entró el hombre que la esperaba. Ella le enseñó con el dedo la pequeña maleta que debía llevarse; el hombre la tomó, y partieron.

Jamas humana criatura se halló mas abandonada que Amanda en este cruel momento. Todo cuanto había sufrido cuando había sido despedida de casa de la marquesa, era nada en comparacion de su estado actual. En aquella desgracia tenia una proteccion, un asilo, un apoyo en un padre tierno. Ahora no tenia nadie para endulzar y aliviar sus penas. Los objetos que se presentaban á su vista hacian mas vivos sus dolores. Al ver los viejos árboles que daban sombra á la tumba de su padre, agitados por el viento de la mañana, sintió no estar al lado de Fitzalan, descansando con él bajo un mismo abrigo.

Ella apartó de allí sus ojos con un suspiro penetrante, que hizo impresion en el hombre que marchaba delante. El volvió la cabeza, y viéndola pálida y trémula le ofreció, su brazo, el cual ella aceptó, hallándose incapaz de sostenerse. Un pequeño barco que les esperaba cerca de media milla de Carberry-Castle, les condujo al navio, cuyo dueño dijo que iba á hacerse á la vela al momento. Amanda estuvo muy contenta de encontrar allí la ma-

ger del patron en el aposento, en donde habían preparado un desayuno para ella, servido con propiedad, y de él tomó un poco de pan y de té, oprimida como estaba de fatiga. Su compañera, atribuyendo su abatimento al temor de pasar el mar, le aseguró que el pasage seria corto, y le dijo que observase que se veian las montañas de Escocia alumbradas con los rayos del sol que nacia; pero este espectáculo no fijaba los ojos de Amanda tan fuertemente como Carberry-Castle que le interesaba mas. Ella preguntó á la muger del patron si creia que de la parte opuesta se podia ver Carberry-Castle. Le respondieron que no.—Lo siento mucho, dijo tristemente Amanda.

Esta permaneció en la ventana del camarote mientras pudo distinguir el castillo, y hasta que el maréo la obligó á ponerse en cama. La muger del patron la cuidó; y á las cuatro de la tarde llegaron á Port-Patrick. Amanda dijo al patron, que como no queria detenerse en posada alguna, le suplicaba le alquilase una silla que la condujese diréctamente á casa de Mistriss Macpherson. Todo esto fué ejecutado, y Amanda al desembarcarse montó en la silla acompañada de la dueña del barco que conocia muy bien la morada de Mistriss Macpherson. Esta vivia á unas cinco millas de Port-Patrick cerca

de la costa. Ellas llegaron luego á una pequeña casa apartada, situada en medio de un campo casi todo cubierto de cardos, separada del camino por una pequeña pared que caía arruinada á poca distancia del mar, cuya costa en este sitio estaba llena de rocas, y el territorio de la circunferencia inculto y desierto.

El compañero de Amanda entró primero solo para preparar á Mistriss Macpherson, y volvió prontamente á decir á Amanda que era bien venida. Un paso estrecho conducia á una sala oscura, cuyo pavimento era de tierra pisoneada. Mistriss Macpherson estaba sentada en una grande y vieja silla de brazos; su cara estrecha y flaca, su estatura pequeña y como la de la vieja Beldame de Otway, doblada por la edad: su vestido era de un paño gris, y demasiado corto á pesar de la pequeñez de su talle; su delantal de tafetan negro era tambien corto, y sobre su pequeño gorro tenia un pañuelo atado al cuello. Ella solo hizo una señal con la cabeza á Amanda, y poniendo sobre su nariz un par de grandes anteojos, la miró sin hablarla. Amanda presentó la carta de la superiora, y se sentó cerca de la ventana hasta que hubo leído toda la carta. Durante este tiempo llevaron su maleta. Al fin la vieja rompió el silencio con una voz tan flaca como su cara.

Hija mía, dijo ella quitándose sus anteojos para hablar con mas comodidad, yo habia pedido á mi prima una jóven que pudiese ayudarme, pero no tan jóven como vos pareceis.

Bueno, dijo el hombre que conducia á Amanda, si este es un defecto, es de la naturaleza de aquellos que se corrigen todos los dias.

Si, dijo la vieja; pero ella no se corregirá tan pronto para mí. Sin embargo, hija mia, como estais tan bien recomendada, yo os experimentaré. Mi prima me dice que sois bien nacida, y que habeis tenido comodidades; pero os prevengo que no es menester pensar en lo que fuisteis, sino en lo que sois ahora. Yo espero de vos que seréis arreglada, dulce, atenta, que no seréis remilgada, andariega ni parlera, sino sentada, sabia y modesta.

A fe mia, dijo el hombre, ¿qué teneis sino mirarla, y leeréis en su cara que tiene todo lo que pedis?

Si, dijo la vieja, vos podeis creerlo así; pero sentiria juzgar de las personas por el semblante, pues muchas veces nos engaña. Así decidme, hija mia, en conciencia si creéis poder llenar mis intenciones.

Si señora, respondió Amanda, sufriendo mucho por su penosa y desagradable situacion. Estamos, pues, de acuerdo, pues

que sabeis cual es el salario que doy. El dueño del barco entónces se despidió sin que Mistriss Macpherson le ofreciese el menor refresco.

El corazon de Amanda se angustió en el momento en que se vió precisada á vivir con un sér tan poco sociable, y en un sitio tan salvage y tan abandonado. Una choza en la vecindad de Santa Catalina le habria parecido un palacio en comparacion de su actual habitacion; pues allí habria tenido la sociedad consoladora de las buenas religiosas. La presencia del dueño del barco que manifestaba compasion é interes por ella, la habia sostenido hasta entónces; pero luego que salió del aposento, se deshizo en lágrimas acompañándole, como si solo entónces hubiese comenzado el abandono en que habia caído. Ella salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole la mano: presentad mi amistad, mi tierna amistad á Mistriss Dermont, y decidle, os ruego, que me escriba en seguida dándome algun consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dijo este hombre bizarro; pero calmaos, querida jóven; pues aunque la vieja sea un poco seca, se endulzará sin duda con vos. El cielo os bendiga, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda triste y pensativa, volvió á entrar en la sala, y desde la ventana siguió aun con

la vista el carruage que la habia conducido á esta triste mansion.

FIN DEL TOMO IV.

*Clara Macpherson*



om  
ñándole, como si solo entonces hubiese comen-  
zando el abandono en que habia caido. Ella  
salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole  
la mano: presentad mi amistad, mi tierna  
amistad á Mistriss Dermont, y decidle, os  
ruego, que me escriba en seguida dándome  
algun consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dijo  
este hombre bizarro; pero calmaos, querida  
jóven; pues aunque la vieja sea un poco  
seca, se endulzará sin duda con vos. El  
cielo os bendiga, y os haga tan feliz como  
mereceis.

Amanda triste y pensativa, volvió á entrar  
en la sala, y desde la ventana siguió aun con

*Charlotte  
Merrill*

